
SIMBOLOS FUNDAMENTALES EN LA LIRICA DE GEORG TRAKL

Celia Fischer

El itinerario lírico del gran poeta salzburgoés es la senda envuelta en las brumas crepusculares que nos acerca al mundo de las sombras. Sombras auspiciadas del reencuentro con el pasado y la evasión de la realidad temporal, a través del silencio más íntimo y unívoco, secreto y total: la muerte como liberación y otra forma de vida. El hundimiento en este clima de muerte-para-la-vida se cumple a partir de una comprobación fundamental para el poeta, que actúa como matriz-pathos en su obra: el hombre es un ser escindido en un mundo que se desintegra inexorablemente. El hombre y el mundo clausurados, en una realidad amasada de pecado y culpa, han perdido su sentido de ser pues se alejaron del camino inicial, de las secretas fuentes sagradas.

Para Trakl, el proceso hacia el destino final del ser humano en su mera materialidad, es la corrupción. Esta experiencia de contingencia y caducidad está profundamente marcada por el pecado de la carne y se le impone como una red opresora. Para no sucumbir definitivamente, ahogado por los muros del mundo y del universo degradados, crea su "axis mundi" en el ámbito de la palabra. Esta surge an-

¹ Ensayo presentado en las Segundas Jornadas Regionales de Literatura Alemana –14/16 de octubre de 1982– realizadas en la Facultad de Filosofía y Letras de la U.B.A., con el auspicio de la Asociación Latinoamericana de Estudios germanísticos.

gustiada, limitada, cargada de potencia inconscientes, proyectándose en la transparencia crepuscular hasta adquirir una plasticidad que nos recuerda la vigorosa pincelada de Van Gogh en sus campos de trigo trágicamente solos.

Trakl no es poeta del pleno día sino del declinar de la luz. Como tal comulga con el mundo y se revuelve en testimonio del desgarraimiento absoluto. El poeta -el caminante- y el sol hacen juntos el camino hacia la caída en el abismo de las regiones inferiores:

*"Cuando se hace noche,
eleva suavemente el caminante los pesados párpados;
el sol se abre paso en el sombrío desfiladero".*

El sol, 185

Es en el crepúsculo, entonces, donde el poeta, extranjero y peregrino bajo las estrellas, convive con las sombras, esas opacidades lunares, recipientes de la inmensidad del silencio y la soledad.

El espacio y el tiempo son los opresores del poeta ya oprimido desde su alma lastimada. Para, de alguna manera, escapar de ello, resuelve andar los senderos nocturnales señalados por los muertos y así, transformar la vida en sueño y superar el tremendo dolor de vivir:

*"¡Nube lunar! Durante la noche caen negruzcos los
frutos silvestres del árbol,
Se torna sepultura el espacio
y el mundano deambular se torna sueño".*

Sumisión a la noche, 227

I. LO NOCTURNAL COMO ZONA DEL AXIS MUNDI

El hombre, aunque escindido, y el mundo en desintegración logran establecer un diálogo alucinante en el ámbito donde, para Trakl, lo especial y lo temporal no existe: el crepúsculo, el instante en que el día y la noche se unen en la transparencia azul depuradora de for-

mas y aciertan a aniquilar lo denso y densifican lo que parecía leve e intangible. El crepúsculo, la tarde, la primera noche en alemán es el "Abend", palabra ampliamente reiterada por Trakl, al punto de volverse su obsesiva compañera. El "Abend" es el núcleo vivencial que abre las puertas a lo abierto para así realizar la búsqueda de aquél "illud tempus" personal, coincidente con la infancia. Su huída en el espacio nocturnal no es más que el sustitutivo de una huída al pasado.

En el anochecer se trastoca la realidad y se desnuda el alma en esa actitud intransferible del ser que tiende a la búsqueda de su esencia:

*"Sentido e imagen cambian
al anochecer".*

Alma otoñal, 164

Lo nocturnal es el tiempo vertical donde se comunican las esencias. Comienza en el instante del crepúsculo. Allí, las fuentes celestes manan hacia la tierra del mismo modo que lo mundano se eleva el alma de los seres que buscan en lo trans-mundano su doble perfecto para alcanzar la unidad perdida. Al anochecer, los movimientos, los sonidos y las formas desaparecen devorados por lo azul. Lo real se transforma en imaginario. Entrar en el azul del anochecer que conduce a la noche es pasar "a la otra orilla del ser". La conciencia deja paso al fluir del inconciente y la luz del día deviene luz de la noche. En el azul de la noche el hombre se introyecta en un movimiento dirigido hacia su centro más íntimo, centro que, a la vez, proyecta al hombre hacia el infinito. Este es, para Trakl, el tiempo que deja de transcurrir como un río y se estabiliza, verticalizándose, re-creándose e instaurándose como conciencia del Universo.

En el anochecer de Trakl, los muertos, los olvidados itinerarios del espacio, adquieren la densidad imperceptible del sonido, de la sombra. Es la luz declinante la que los conjura. Llama irresistible que devuelve la imagen a los recuerdos y los eterniza en el presente de la palabra poética:

*"El reloj que da las cinco frente al sol.....
Un tenebroso espanto sobrecoge a los solitarios,
árboles desnudos zumban en el jardín del anochecer.*

El semblante del que ha muerto se reanima en la ventana".

Duelo humano, 103

"Calzadas con sandalias de plata se deslizan vidas anteriores".

Salmo, 106

"Al anochecer por la negra comarca cruzan pasos de aparecidos en el silencio de las rojas bayas".

Metamorfosis, 107

La noche es el soporte simbólico de una poderosa vivencia afectiva de Trakl pues le permite expresar toda una gama de sentimientos que, desde la decadencia de la vida, se desliza hacia el pasado acompañado por las sombras, los muertos viajeros. Esos muertos son los alejados contemplativos de una vida llena de dolor y confusión. Pero no son los contaminantes de muerte, sino que ellos son los desmaterializados, lo etéreo y, por lo tanto, libre ya del proceso de corrupción. Los muertos de Trakl son almas apartadas del castigo de la carne, de la expiación de una culpa fatal. Instalados a las puertas de la otra orilla del ser, lugar iniciático de re-unión, de re-ligamiento con la Unidad a la que tiende el poeta, deambulan aún por el mundo del que están totalmente separados.

"Una vida tan confusa, llena de turbias calamidades. Compadécete, Señor, del infierno y martirio de las mujeres, y de estas fúnebres quejas tan privadas de esperanza. Los solitarios vagan mudos por el pabellón de estrellas".

Día de los difuntos, 92.

II. DESDOBLAMIENTO Y BUSQUEDA DE LA UNIDAD EN LA INFANCIA

El anochecer comienza siendo para el poeta la dimensión en la cual se testifica la división del "yo". Por un lado, Trakl da cuenta del

desdoblamiento como alejamiento de una parte de sí, la nocturnal y pura, la *azul* que retorna al ámbito sagrado a través del canto de los pájaros. La duplicidad, en este caso, está señalada por un "Tú" sur-gente sin desgarramiento:

*"Cuando llega la noche
un rostro azul te abandona sigiloso.
Un pajarillo canta en el tamarindo".*

Glorificación, 184

Es el mismo "tú" que lo abandona desde lo más íntimo de sí, con características angélicas:

*"Entonces la figura del solitario se vuelve hacia aden-
tro
y marcha, ángel pálido, por el desierto vergel".*

Tres visiones de un ópalo, 113

El "tú", replegado en la perspectiva de la infancia, recién alcanza a comprender el sentido oculto de la vida, cuando las fuerzas titánicas del mal disminuyeron su poder:

*"Ahora más piadoso descubres tú el sentido de los
años sombríos,
el fresco y el otoño en las habitaciones solitarias;
y en el azul sagrado se prolonga el rumor de los
pasos luminosos".*

Infancia, 145

Por otro lado, el poeta va rumbo a su doble, salvador de la corrupción y que aparece como prolongación del manto cósmico de la tarde, enfrentándosele:

*"Al anochecer mientras marchamos por sombrías
sendas,*

ante nosotros se aparecen nuestras pálidas siluetas".

Canción del anochecer, 123

En su doble el salvador, el adolescente que lo espera en la otra orilla, luego de la muerte:

*"...; y cuando me incliné con plateados dedos sobre las aguas mudas,
descubrí que mi rostro me había abandonado. Y la voz blanca me dijo :
¡Mátate! Se irguió en mí gimiendo la sombra de un muchacho, y me observó radiante con sus cristalinos ojos; entonces me dejé caer llo-
rando bajo los árboles, bajo la majestuosa bóveda estrellada".*

Revelación y aniquilamiento, 230

El poeta no está solo en este acercamiento a su sombra. Significativamente, la compañía de la hermana, su doble histórico, traslación de la imagen materna reprimida, acentúa esa manifestación de la presencia del "otro yo". La experiencia de la unidad con su doble, en la zona diurna de lo onírico, la realiza Trakl con quien lo ligan profundos lazos genéticos y amorosos y, sobre todo, la participación en el tiempo sin tiempo, en el espacio abarcado por el Todo: la infancia. Junto con la hermana atraviesa la línea inefable que conduce de la vida real a la muerte como otra forma de vida, la sin pecado, y, muertos en vida o, mejor, vivos en el espíritu, se detienen bajo la visión de los seres alados, comunicantes de lo aéreo y lo terreno:

*"Muertos, reposamos bajo las sauces,
observando las grises gaviotas".*

Canción del anochecer, 123

El conducto que lo lleva a unificarse con su doble se da a través del salto que intenta atrapar el recuerdo del Paraíso Perdido. Aquel

estado de inocencia, aunque ya desde el comienzo tocado por la tristeza. La infancia, en Trakl, es el recinto sagrado, donde espacio y tiempo adquieran una hondura infinita, manifestándose a través del símbolo de la caverna y lo azul:

"Cargado de frutos el saúco; plácida transcurría la infancia en azulcaverna".

Infancia, 145

La infancia es la zona de la quieta transparencia contemplativa:

"La infancia cristalina observa con ojos azules".

El retorno al hogar, 220

La caverna, tradicionalmente, es la matriz maternal, el lugar de origen, de la iniciación. Si a ello agregamos el "azul", el más profundo, el más intenso de los colores, el que en su valor absoluto es el más puro, concluimos que, para Trakl, la infancia es el estado de la inmaterialidad originaria, la orilla del ser añorada y buscada, el recipiente maternal por excelencia. Es el estado de no-conciencia del cuerpo sexuado.

Inferimos la correspondencia entre *infancia-Paraíso Perdido-illud tempus*, recuerdo vivenciado por el poeta, y *anocbecer-primera noche-axis mundi*, realidad poética. Es decir que el "axis mundi" creado por el poeta a través de la palabra está intimamente ligado con la infancia, "axis mundi" materno. La *infancia-caverna azul* es la noche que envuelve a Trakl en su presente temporal. Por eso y gracias a la noche puede hacer su camino de pasaje hacia lo onírico como zona que lo libera de la oprimente realidad.

El azul de la noche es la vida como necesidad sobre lo angustiante de las sensaciones de un cuerpo que no puede doblegar. Esto lo lleva a exclamar:

"¡Oh, el vivir en el azul animado de la noche!"

Cántico del apartado, 212

La infancia va detrás del poeta pero junto a ella marcha un presente deteriorado, nauseabundo:

*"Un venado aparece mansamente en el zarzal.
Te sigue deslizándose un luminoso día de infancia,
la ráfaga gris que voluble y nebulosa
va impregnando el ocaso de aromas corrompidos".*

El paseo, 70

La infancia, sobre todo, es el recinto intemporal donde la coexistencia unipersonal de los dos sexos, o, como dijimos, la no-conciencia del cuerpo sexuado, coloca al hombre en un estado angélico. Sentimos que el intento de unión de la duplicidad se realiza en virtud del reencuentro con aquella orilla del ser que quedó detenida y que reaparece en el símbolo del "agua blanca":

*"Cuando tenemos sed,
bebemos del agua blanca del estanque
la dulzura de nuestra infancia triste".*

Canción del anochecer, 123

En calidad de espíritu, el poeta es atrapado por los recuerdos de una actitud amorosa que subyace en lo insondable del alma, en ese abismo genético en el cual coexisten los contrarios y desde donde la hermana surge "blanca", al conjuro de la música, como la imagen lunar, la parte de sí perdida hace ya mucho tiempo:

*"En el momento de tomar tus frágiles manos
abriste suavemente tus redondos ojos.
Esto sucedió hace ya mucho tiempo.
Pero cuando una oscura melodía penetra en el alma,
surges blanca, en el otoñal paisaje del amigo".*

Canción del anochecer, 123

Suele ser la imagen de la hermana, presencia inmaterial, su doble efecto amado y amante, la que le acerca el hálito sagrado:

"La fuente azul a tus pies, enigmática la roja calma de tu boca, ensombrecida por el sopor del follaje, por el oro oscuro de los mirasoles marchitos.

Tus párpados abrumados de adormidera sueñan plácidos sobre mi frente.

Suaves campanas hacen estremecer el pecho. Tu rostro es una nube azul que desciende hacia a mí en el crepúsculo".

En camino, 143-144

Pero, también, la hermana es, en cuanto transferencia de la imagen materna, lo femenino devorador que surge como sombra destructora:

"A veces recordaba de su infancia, que colmaron la enfermedad el terror, y las tinieblas, los juegos secretos en el jardín con estrellas, o también cuando, en el patio en penumbra, alimentaba a las ratas.

De un espejo azul surgía la delgada figura de la hermana, y él se desplomaba como muerto en la oscuridad".

Ensueño y demencia, 195

Esa ambivalencia de la figura femenina puede tornarse tan desgarradora e insopportable que lleva al poeta a romper con la duplicitad -ya que la unidad no fue lograda- como buscando deshacerse de ella a través de la fragmentación. Pero, irónicamente, cada una de las figuras -fragmentos- es una repetición multiplicada de la original que se esparce, expresando lo obsesivo de las mismas:

"La extraña hermana reaparece en las pesadillas del alguien.

Mientras reposa bajo los avellanos ella juega con las estrellas de él.

El estudiante, o tal vez un doble, la sigue con la mirada desde la ventana.

Detrás de él está su hermano muerto, o desciende la vieja escalera de caracol.

A la sombra de pardos castaños palidece la figura del joven novicio".

Salmo, 105

Ahora, su doble se le impone trágicamente como sombra persecutoria que llega a destruirlo definitivamente. La hermana, fantasma abrumador, aparece siempre relacionada con la luna y los espejos:

"Al anochecer él ballaba un desierto de piedra, la comitiva de un muerto hasta la sombría casa del padre. Una nube púrpura envolvía su cabeza, de tal modo que se desplomó en silencio sobre su propia sangre y su propia imagen un semblante lunar. Como piedra caía en el vacío, cuando en el espejo resquebrado apareció, adolescente moribundo, la hermana; la noche devoró la maldita progenie".

Ensueño y demencia, 200

"Fragancia de resedas. Los pelados muros se oscurecen.

Pesado es el sueño de la hermana. El viento de la noche mesa sus cabellos bañados en claridad lunar".

En la tierra natal, 124

La experiencia del doble en Trakl, si bien es la prueba expresa de la caída y de la condición de ser separado, al mismo tiempo es el punto de partida para la búsqueda de la unidad como salvación. Unidad que recupera la bipartición de los sexos en una armonía total donde no existan ya "los malditos", la estirpe sombría de los hermanos amantes:

"Ay, los ojos petrificados de la hermana cuando, durante la comida, su locura pasaba a la frente nocturna del hermano, y el pan se convertía en piedra entre las dolientes manos de la madre. Oh, los corruptidos, cuyas lenguas de plata no mencionaban el infierno".

Ensueño y demencia, 200

III. DIOS Y LA INFANCIA

El poeta desciende a su alma. El anochecer es el instante de la desmaterialización, del desnudarse del mundo para que sólo hablen su lenguaje las sombras:

*"Una sombra muy alejada de los tétricos poblados.
El silencio de Dios
lo bebi en la fuente de la arboleda".*

De profundis, 110

El poeta es la sombra, la parte de sí alejada de lo corrupto. Pero también es el carente de Dios porque su realidad temporal fragmentaria es la zona de la no-palabra: el silencio del Padre. Encontramos aquí una imagen coincidente: *la infancia* y *Dios* unidos por medio de *el agua del estanque-fuente de la arboleda* e integrados en el pasado ya remoto del poeta. El mundo sagrado de Trakl, como ya sabemos, tenemos que buscarlo en la infancia-ámbito de la pureza, donde Dios era una presencia parlante, antes de la caída, en oposición a este mundo corrupto de los hombres, para quienes lo divino es apenas una idea, una silueta suelta impasible e importante, un aire que pasa:

*"Tres dulces sones
se desvanecen unidos. ¡Elai!, en tu rostro
se inclina mudo sobre azuladas aguas".*

La canción nocturna, 125

*"Siempre resuena
en los negros muros el viento solitario de Dios".*

Elis, 139

Al silencio de Dios, a su solitariedad, se corresponde la idea de *la sed* como necesidad de aquella otra vida, la infancia, que ahora es carencia:

*"Cuando tenemos sed,
bebemos del agua blanca del estanque
la dulzura de nuestra infancia triste".*

Canción del anochecer, 123

Esta idea de la sed está unida a la simbolización de vida en el agua detenida cual espejo desde donde, el pasado, triste y puro, contempla al poeta en su condición de hombre desgarrado y separado. El poeta está encerrado en la negra solidez de la carne. Ese Dios de Trakl, ahora lejano y callado, acelera la sensación de muerte que el poeta traduce en términos de "metal", elemento que reemplaza al cuerpo sensitivo, de "arañas" devoradoras como imagen del sexo que corroea desde adentro y de "luz" declinante, asociada a la palabra como lo luminoso que también desfallece:

*"Un frío metal invade mi frente.
Existen arañas que buscan mi corazón.
Existe una luz que se apaga en mi boca".*

De profundis, 110

A este Dios, Trakl traslada no sólo la vida, tránsito doloroso, y la culpa ordinaria, sino también la muerte, último acto puntual del hombre que lo arranca del pecado y lo acerca al estado de pureza originario:

*"Dios, en tus manos benévolas
deposita el hombre el oscuro final,
la culpa toda y el rojo tormento".*

Alma otoñal, 164

IV. EL PAJARO Y LA BUSQUEDA DE LA PALABRA PRIMORDIAL

Las aves son un elemento simbólico fundamental en el paisaje lírico de George Trakl. Como sabemos, el pájaro es lo relacionante entre el cielo y la tierra. Es, dice Gastón Bachelard, un impulso que despierta a la Naturaleza y se despliega en la luminosidad del aire. En

el vuelo del pájaro se manifiesta la libertad del mundo, es decir la del hombre, único continente donde se cumple el verdadero sentido de la misma. El poeta eleva sus ojos al cielo, alza la cabeza fuera de la materia y contempla el vuelo de las aves migratorias. Si tenemos en cuenta que el vuelo está relacionado con el espíritu del hombre, su parte superior elevándose, podemos decir que en la lírica del gran salzburgués, este vuelo sintetiza la búsqueda de la palabra. Son las aves en bandadas, las aves migratorias, las que poseen las imágenes de los signos fundamentales, los que ellas trasladan al lugar inicial cuando cae la noche sobre el mundo. Las aves migratorias retornan esos signos a las constelaciones, zona misteriosa que evoca los grandes ritmos cósmicos. Son ellas las emisarias de lo divino, las que conocen, entre tantos signos, el del destino humano. Las estrellas, a su vez, símbolos puros del espíritu, guardan el destino del Universo. El alma del poeta participa de lo aéreo y el pájaro es el comunicante. El poeta, sobre todo, es el único que puede interpretar los signos del vuelo así como él mismo es el reservorio del pasado ancestral:

*"Deja que tu frente sangre quedamente
remotas leyendas
y los oscuros indicios del vuelo de las aves".*

Para el joven Elis, 137

El alma es la que relaciona al hombre con el pasado donde aquél estaba integrado al cosmos mítico. Es en el resto intocado por la decrepitud donde los enigmas del vuelo están unidos a las leyendas, al mundo de la infancia como dimensión absoluta del ser. El vuelo, entonces, se transforma en un recuerdo del pasado:

*"El vuelo de las aves trae el eco de antiguas
leyendas".*

El otoño solitario, 163

*"Las aves comunican remotas leyendas
mientras tañen las campanas del convento".*

En otoño, 84

Las aves parten hacia el ámbito de la luz. Hacen el camino inverso del poeta volando hacia el Naciente y dejando atrás el mundo perecedero, profano. El poeta, tocado por lo divino, es el que puede seguir soñando el vuelo y, al soñarlo, él mismo se transforma en vuelo y se separa del tiempo y el espacio, buscando integrarse a la Armonía Total:

*"Al anochecer cuando convocan las campanas a la paz,
sigo los vuelos prodigiosos de las aves,
que en larga bandada, a modo de piadosa peregrinación,
se pierden en la diáfana lejanía del otoño.*

*Mientras deambulo por el jardín en penumbra
mi sueño acompaña sus más claros destinos,
y casi no advierto moverse la aguja del reloj.
Así sigo su ruta por sobre las nubes".*

Decadencia, 55

El alma busca la luz y el inconciente se traslada hacia las propias vivencias instaladas en lo nocturnal.

Las aves son aquellas que poseen la capacidad no sólo del vuelo armónico sino también de la palabra. Presentes en la lírica de Trakl, asisten desde lo alto al deterioro del mundo y dan testimonio del mismo con el canto doliente:

*"De súbito me estremece un soplo de decadencia.
El mirlo se lamenta entre las deshojadas ramas".*

Decadencia, 55

El canto del pájaro se detiene cuando un sonido más poderoso, avasallante, se impone al poeta: la presencia lunar de la hermana a través de la voz. Es ésta la presencia de la armonía perdida en el tiempo de la infancia y que sólo puede manifestarse en la realidad presente, en el único ámbito donde se desvanece y lo sagrado "es": la noche.

*"Cesa el lamento del mirlo
y las dulces flautas del otoño
callan en el cañaveral.*

...

*Suena sin pausa la voz lunar de la hermana
a lo largo de la noche sagrada".*

Crepúsculo sagrado, 177

Pero, por sobre todo, y como lo fue desde el principio de los tiempos, también en la lírica trakleana, las aves son las mensajeras de lo divino:

"Oh, en la primavera 'los crepusculares caminos del meditabundo. Merece más gozar del seto florido, de la nueva semilla del labrador y del ave canora, amable criatura de Dios'".

Ensueño y demencia, 198

La señal de los ritmos cósmicos a través de su enviada, la noche, detiene el canto del mirlo y anuncia la iniciación del gran vuelo de las golondrinas:

*"El verde estío se ha vuelto
tan silencioso, tu rostro cristalino.
Junto al estanque crepuscular murieron las flores,
el reclamo asustado de un mirlo.*

*Vana esperanza de la vida. Ya se prepara
en la casa la golondrina para la partida
y el sol se pone en la colina;
ya la noche da la señal para el viaje de las estrellas".*

Declinación del verano, 205

Los pájaros son los eternos buscadores de la vida y son la vida en sí. Ellos sienten el llamado imperioso de la calidez del vivir. El poeta queda rodeado, cercado por la soledad que preanuncia la muerte. Nada vive definitivamente. Todo soplo de vida encierra en sí el

hálito de la muerte. La fuerza tanática del poeta lo detiene en la mundana materia mientras las aves parten a sus nuevos nidos, llevando consigo los signos sagrados. El poeta es el abandonado, el apartado por el gesto de Dios. Es la expresión de la dolorosa aceptación de impotencia a través de la melancolía, el silencio y la soledad.

Pero, los pájaros, también pueden ser los mensajeros de la muerte, de la locura como forma de evasión de una realidad insopportable. El poema "Los cuervos", que transcribo en su totalidad, nos recuerda aquel cuadro de Vincent Van Gogh "Campos de trigo con cuervos volando", que el gran holandés pintara en Auvers-sur-Oise unos veinte días antes de su suicidio y que, junto a otros dos "Campos de Trigo", expresa la tristeza y la soledad más profundas:

*"Al oscuro rincón se lanzan los cuervos
con áspero graznido al mediodía.
Sus sombras pasan rozando a la cierva,
y a veces se los ve en torva holganza.*

*Cómo trastornan la pardusca calma
en la que está arrobado el sembradio
como mujer que un mal presagio agobia.
Y a veces pueden oírse sus gruñidos*

*en torno a una carroña que han busmeado;
pero de pronto enfilan hacia el norte,
y se van perdiendo por los aires
cual fúnebre cortejo que estremece el goce".*

Los cuervos, 81

V. EL EXTRANJERO

El poeta, congregado en el mundo para dar testimonio de sí y de los fundamentos del mismo, es el verdadero peregrino. Peregrino de sí mismo. Muchas veces vamos a encontrar reiterado en sus poemas, el término *extranjero*. Si nos atenemos a su simbología, el término recrea la situación del hombre caído del Paraíso. Es el que perdió su patria. El emigrado. El poeta es el hombre condenado al exilio, a vivir el mundo en extraneidad.

El extranjero —el poeta— atraviesa los lugares deslizándose, sin detenerse en ninguno. Parte de los muros negros y nauseabundos de la ciudad —zona de lo profano total— y se aleja por los campos, a la caída del sol, rumbo a la noche— zona sagrada en plenitud, buscando encontrar el Paraíso Perdido. El destino de Trakl es la soledad en la noche, único reservorio de paz.

Cada una de las poesías de Georg Trakl es un deseo arrojado al punto de re-unión, de comunión con *lo materno-caverna azul*. Es un deseo que sólo puede cumplirse después de la muerte de la carne. Mientras tanto, el extranjero deambula por el mundo efectuando el tiempo de las pruebas, cifrado en la corrupción y la caducidad. Trakl necesariamente debe asistir a la caída total de sí mismo, debe expiar su culpa ancestral, titánica. Cada día del poeta tiene su anochecer, es decir, su camino preparatorio del gran camino a realizar cuando su muerte. Cada anochecer lírico es un simulacro poético del cruce a la otra orilla del ser, de su llegada a la entrada de la caverna azul.

El poeta no tiene nombre, sólo lleva una marca en la frente que es la señal de la estirpe maldita. Es el extranjero, el solitario, el fantasma, el apátrida, una sombra, el apartado, Helian, Sebastián, Elis, el venado azul. En cada uno de ellos es el mismo: el hombre que no pudo superar la carga de la culpa y tiene a la vida como Purgatorio. Es el venado sangrando eternamente a la orilla del bosque. Su “estirpe sombría” es la de los Primeros Padres, la Pareja Primordial cuya caída inauguró la era del destierro y la perdición. Se continuó por la vida errante de Caín y se reactualiza por el errante moderno, Georg Trakl, que siente todo el peso de la ‘maldición’.

El cosmos de Trakl es un cosmos de soles declinantes que nos conducen delicadamente a la muerte, zona de búsqueda del ser. Acompañar el camino del sol crepuscular significa acercarse al borde del abismo en el que podemos caer definitivamente. La muerte temprana del poeta salzburghés, que no pudo resistir su Purgatorio en vida, es otra de las puertas abiertas al desencuentro con la Unidad, que nos ofrece la literatura de un siglo lacerado que aún es el nuestro.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- TRAKL, Georg: *Die Dichtungen*, Otto Müller Verlag, Salzburg, 1938.
- TRAKL, Georg: *Poemas*, Traducción, prólogo y notas de Aldo Pellegrini, Ediciones Corregidor, Buenos Aires, 1972. (A esta traducción corresponden las citas del texto).
- TRAKL, Georg: *Obra Completa*, Edición de Rodolfo E. Modern, Ed. Goncourt, Buenos Aires, 1968.
- BACHALARD, Gastón: *El aire y los sueños*, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, México, primera reimpresión, 1972.

Celia Clara Fischer

Profesora Asociada Extraordinaria en las cátedras de: Literatura Alemana del Siglo XIX, Literatura Rusa y Escandinava del Siglo XIX, Literatura Alemana del Renacimiento, Facultad de Historia y Letras- Universidad del Salvador.

Quintas Jornadas Universitarias de Literatura Alemana, año 1979, Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.- Primeras Jornadas Regionales de Literatura Alemana, año 1980, Instituto de Literatura Alemana de la Universidad Católica Argentina. Exposición: *Homo Faber* de Max Frisch, el antihéroe de la hipercivilización. Segundas Jornadas Regionales de Literatura Alemana, año 1982, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Exposición: Símbolos fundamentales en la lírica de George Trakl.

Publicaciones: Estudio Preliminar a: *Woyzeck -El Espíritu de la Tierra*. G. Büchner, F. Wedekind, Centro Editor de América Latina, Biblioteca Básica Universal, Bs. As. 1980.